

En el país de QUISIERA

QXISTIO una vez un joven llamado Alpino, que, se afanó mucho por tierras y países extraños en busca de un singular y raro tesoro. Le gustaba con delirio conocer gentes, estudiar sus costumbres y leyes, asistir como testigo a sus ritos y ceremonias sagradas. Por donde quiera que pasaba no perdía el tiempo; se informaba por los hombres más ilustres, de más rango social, ya jóvenes doctos, ya de ancianos sensatos, de las peculiaridades típicas de las tierras que atravesaba.

Dar una vuelta a la geografía del planeta era sencillamente maravilloso. Qué hermosa impresión guardaba el joven ante las montañas desnudas y melancólicas, cortadas por valles profundos, o, las cimas de una brillantez rojiza como bayas del acebo, coronadas de nieve... Las cimas calvas de rocas cristalinas y gres rojo, encontrándose en medio algún lago de origen glaciar. Todo lo había contemplado Alpino en sus fantásticas correrías. En Irlanda, le encantó los lagos, y, sus magníficos rebaños de vacas, los profundos estuarios... Le causaban una especie de simpatía los moradores primitivos con su corta talla, rechonchos y morenos... Era un espectáculo digno e impresionante ver la vista aérea de centros históricos de gran Bretaña; los gloriosos recuerdos de las cúpulas y chapiteles de la famosa Oxford; los preciosos caballos, puro nervio, de Yorkshire; los bancos submarinos ricos en peces, y, las siete cuencas hulle-
ras de la industria inglesa.

El extenso dominio de Canadá con sus enormes bosques le embujó. El se maravillaba ante los grandes mercados de pieles finas: zorros plateados, martas, armiños, nutrias, y, se detuvo en más de dos ocasiones ante esos palafitos constituidos en secaderos de bacalao... Los canales y esclusas que bordean las cataratas del Niágara era un espectáculo de salvaje romanticismo. En la costa oriental de Australia le llamó la atención la gran barrera de arrecifes de coral;

no obstante, Alpino no estaba satisfecho: quería ser útil a sus semejantes, darse a ellos con su trabajo. Prácticamente enseñaba a los pequeñuelos todas estas cosas, pero en dosis mínimas, circunscribiéndose a una enseñanza casi localista, próxima, concreta.

En uno de sus últimos viajes se encontró con una tierra esteparia, margosa y sedienta. Parece increíble el tiempo que tardó en divisar como dos ciudades. Alpino, como un veterano peregrino, con barba crecida y bolsa a la espalda, siguió el curso de un río encajonado... Era un río bravo, ceñudo y luchador. Sus aguas tiraban a teja de alfarero, casi a sangre. Casi 30 años le costó arribar a las puertas de la populosa ciudad. De lejos se había percatado el joven de un inmenso campo de ruinas, y, gruesa columna de humo apelmazado era visitada por una masa informe. Lo primero que encontró al llegar a sus puertas fue un viejo de tez amarilla, de un amarillo puro de ancorea, que, parecía dormitar. Una túnica asargada tirando a color de paja seca le envolvía.

—Eh, amigo — dijo con cierto recelo el joven forastero. ¿Se pasa por aquí al interior?

—Sí, hermano—respondió el viejo con las pupilas casi humedecidas por una lágrima.

—¿Os encontraís en alguna ocasión gravoso? — interpeló el joven con asombro.

—Una tremenda desgracia ha caído sobre los míos. Yo ya soy viejo y con harto dolor soporto este cambio. Ahora, no me queda más resignación y consuelo que la «Cruz»; pero antes yo fui rico y poderoso, incluso llegué a ostentar el cargo de consejero y pregonero mayor del rey.

—¿Sí?, y, ¿qué vaivén eclipsó tu estrella?

—¡Oh! es muy doloroso para mí ese recuerdo, el contarle es un poco largo. Tal vez el señor, como la mayoría de los viajeros le interese echar una ojeada a lo más importante y pasar de largo.

—Depende de lo que encuentre. ¿Cómo se llama?

—Míster Caña. Ahora estoy bajo autoridad del señor Volo, nuestro jefe principal y ejerzo el oficio de cicerone de primera clase para los turistas. Ha tenido V. suerte en ser el primero para contarle la historia interna de este país.

—Siga, siga, por favor. Debo pensar que son las cosas comunes a todo reino desde el principio del mundo.

—¿Por qué no?—se interpeló el viejo incorporándose del suelo.

Empuñó el mango del cerrojo y lo corrió. La fuerte puerta de hierro se abrió en dos mitades. Los ojos de Alpino quedaron atónitos

ante el imponente espectáculo: Allí surgía una populosa ciudad con torres y columnas con raros capiteles, con obeliscos negruzcos, con puentes colgantes...

—No doy crédito a mis ojos—murmuró Alpino.

—Esto cambia de día en día ¿No ve usted los peones afanosos, los niños con sus cartapacios, las mujeres activas en sus compras? Sí, ha dado una gran vuelta.

Aquí todos arriman el hombro.

Pian piano avanzaron por la gran avenida de la «Puerta de Hierro»: estaba enarenada. Hileras de acacias bordeaban el asfalto de la vía. Hacia la izquierda afloraba el río, y Alpino distinguió un hermoso puente con tres arcos espaciosos que ponía en comunicación la antigua urbe, vieja, en ruinas, con las recientes construcciones de la moderna.

—Se nota como un caos gigantesco—sugirió el joven.

De súbito se detuvo ante un bronce de cuerpo entero que daba la espalda, Alpino se aproximó silencioso y examinó la maravillosa plástica del escultor.

—¿Qué motivo representa esto?

—¡Ah! exclamó el viejo con brillo inusitado de pupilas... Ya que se empeña, escuche a grandes rasgos la azarosa existencia de la ciudad de Seta. Ante todo sepa que hubo una vez en el país de «Quisiera»,—ha de saber joven que así se ha transmitido en las crónicas hasta nuestros días—un viejo y achacoso rey, débil y enfermizo de voluntad, a quien sus cortesanos lo apodaron «Abulio». Yo era su fiel edecán de las tropas; pero en ese soberbio recinto con puertas de oro se vivía sin temor de Dios; la ambición y la envidia de los bienes ajenos habían echado hondas raíces. Ninguno se preocupaba de endulzar la misera existencia del prójimo. Los pecados de omisión estaban a la orden del día; los más repugnantes actos se fueron apoderando de estos moradores: los padres castigaban a muerte o al encierro a las hijas que se enamoraban de un joven de posición inferior; los adinerados se reían de los mendigos y derrochaban el oro en francachelas y embriagueces; al sediento no le ofrecían una gota de agua, al desnudo no le vestían, y, al enfermo no lo visitaban. Llegó a tal grado la corrupción en estas riberas, se hizo tan odiosa y abominable la conducta de los hombres, que, Seta, la de famosos pensiles colgantes, la de las murallas de piedra dorada, con sus grandes batientes, de la noche a la mañana vino abajo... Un fuego llovido del cielo, aunado a un inmenso huracán derribó toda su pompa y majestad.

—En este bronce—añadió el cicerone—el cincel del escultor ha plasmado un tipo de elegante línea, pero de semblante torvo, endurecido, que, da la espalda a su prójimo, y, vierte el agua de la copa en la tierra con mezquino egoísmo.

Un poco más adelante, Alpino, contempló otra estatua, que, encarnaba un gallardo efebo, con cabello ensortijado; parecía plasmar una figura de ardor, un querubín con una espada flamígera. En la hoja afilada se leía esta inscripción: «No vino a traer paz, sino la espada».

Estaba atardeciendo. Alpino, miraba con lentitud los campos devastados por el incendio. A lo lejos se veía un cielo de bronce. De las ruinas de Seta pasaban los indeseables supervivientes con sus bestias cargadas de monedas, cacharros domésticos y colchas bordadas. Una caravana compacta se movía a través del puente. Como desterrados abandonaban aquel inmenso horno de cenizas, el recinto soberbio de su *nuraghi*, o, ciudad de piedra. Alpino, sintió viva curiosidad por acercarse hacia dicho lugar. El viejo Caña, que, parecía un judío rabino le fue explicando el secreto de aquel puente.

—Escuche, joven... Tal vez le extrañe la tremenda lentitud con que arrastran sus pies esos desgraciados? Es consecuencia de lo siguiente: allí, en Seta, se entregaron a la disipación de los talentos, se acostumbraron a la bebida y andaban todos casi tambaleándose. Ahora, les cuesta un trabajo enorme andar derechos, ponerse en pie. Para llegar a Nueva Cruz, tienen que atravesar el puente de la «Reforma»: el primer ojo simboliza el respeto mutuo; el segundo, la justicia; y, el tercero la caridad.

—Pero. ¿Cómo se mueven con tanta pesadez?

¡Ah! hermano, el hábito inveterado desde la niñez es sumamente difícil de corregir. Más de dos rindieron su actividad a la pereza, y, consumieron el último céntimo en la torre Potosí. Para que tengáis una ligera idea de este suntuoso edificio os diré que afectaba la bella forma de un capitel corintio, una especie de gigantesco velicomen donde se habían instalado lujosos hoteles, bancos de crédito, espléndidos comercios que no tenían en nada que envidiar los de la avenida de la «Luz»; alta burocracia, fábricas, colegios y universidad; pero la sed de placeres, la rivalidad del lujo, los paraísos artificiales producidos por las drogas y estupefacientes hicieron una ciudad sin ley, hambrienta y miserable, incorregible, extremada por una grave enfermedad: la comodidad turca de permanecer sentado con los brazos cruzados.

En este animado coloquio iban, cuando Alpino, distinguió una

especie de litera, donde cuatro esclavos traían a un personaje a hombros. Se apresuraron en llegar a la entrada del puente, y, el viajero preguntó a su guía:

—¿Quién es éste más adornado que un Sardanápalo? Parece de lejos un antiguo patriarca.

—Ya no es ni sombra: Era un multimillonario apodado «Caldo de Gallina»; era un consumado epulón, muy amigo de los costosos vestidos y comidas. Toda la fuerza de voluntad la puso en la baja glotonería, y, en adornar sus dedos con sortijas. Siempre lo veíamos sentado a la sombra de un árbol, o, en la terraza con naipes en mano. A todos sus amigos les refería esta cantilena «Si hubiese querido ser médico lo hubiese sido».

Alpino se quedó sorprendido de aquella turbamulta que a las claras presentaba huellas de miseria y degeneración. Cuando se presentaron los esclavos con la litera, el forastero, rogó que hiciesen un pequeño descanso: quería saber algo directo de boca de aquel miserable.

—¿Qué ha sucedido, señor, en vuestra ciudad?

—Un ángel exterminador ha sembrado la desolación... Por nada del mundo entréis en el país de «Quisiera». Una horrible condena pesa sobre «Seta», hoy derruida y en pavesas, en otro tiempo próspera y floreciente. Sus lingüistas, sus profetas, sus doctores, se los ha tragado la tierra; los pozos se han llenado de cascotes y cenizas. Extranjero —añadió el exilado con voz conmovida— quienquiera que seas y donde quiera que vayas presenta este trofeo de imborrable baldón para nosotros.

Entró una mano sarmentosa en una bolsa de seda granate, arrugada, y, sacó una banderilla metálica que atravesaba un pequeño gallo de oro.

—Ten esta maldita veleta... Estaba colocada en la torre Potosí; servía para marcar la dirección del viento; pero nosotros la tomamos casi como el distintivo de la vida de Seta. Esta fue nuestra mayor desgracia: la inconstancia.

Caldo de Gallina frunció el ceño, dio tres palmadas en señal de proseguir la marcha, y, los lacayos obedecieron la orden y continuaron el lento caminar.

Alpino, no quiso detenerse más en aquella apocalíptica urbe donde se veían fisonomías de todas las razas, así que reiteró sus saludos para el ilustre gobernador Volo de la activísima Nuevacruz encargando a mister Caña con tono persuasivo, le hiciese presente su beneplácito por el buen gobierno cristiano.

Alpino, salió casi furtivamente por la puerta principal. Caña, le hizo una zalema de medio cuerpo flexionado hacia tierra. El sol estaba en ocaso. Cuando llegó a la orilla del río arrojó la veleta de oro a las aguas.

—No quiero llevar este aciago recuerdo a mis compatriotas, no sea que vayan a tomar las costumbres de los indeseables habitantes del país de «Quisiera».

Y siguió su camino.

RÚNICO

SEMBLANZA

Alta, esbelta, morena
de mentalidad serena.

De pelo negro, brillante
ojos castaño-oscuro, grandes,

Firme en el mirar
y de aspecto señorial.

Elegante sin igual,
con atuendo actual.

Ignoro donde es natal,
reside en la capital.

Nombre desconocido aquí,
dicese señorita Equis.

Jovial, fina, discreta,

...

¡adivina esta treta!

ENRIQUE